

## Hebreos 13:1-9

### Sermón Hebreos 13:1-9

Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como si vosotros estuvierais en su mismo cuerpo. Honroso sea en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios. Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: «No te desampararé ni te dejaré». Así que podemos decir confiadamente: «El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre». Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas. Es mejor afirmar el corazón con la gracia, no con alimentos que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellos.

¡Pero qué ingrato! Es una expresión común que se escucha cuando alguien ha recibido un gran beneficio de otro, y luego trata a su benefactor con desprecio y abusa de su bondad. Cuandoquiera que observamos esa clase de conducta nos indignamos contra la persona que reacciona así a la bondad de otro. Pero cabe la pregunta: ¿Seremos ingratos frente a toda la bondad de Dios que él nos ha manifestado? El peligro existe. Es el peligro que enfrentaban los cristianos hebreos del primer siglo. A pesar de recibir incontables bendiciones de Dios mediante su palabra de salvación, a pesar de hacer un buen principio en su fe y vida, ahora estaban tentados a echar la espalda a Cristo, y volver a su pasado judío, a abandonar a sus hermanos cristianos que sufrían. El mismo peligro enfrenta a nosotros. Es fácil hacerse indiferente a la bondad de Dios, poco a poco dejar de escuchar la palabra, dejar de congregarnos, ver a los hermanos en Cristo más como una molestia que como queridos hermanos en la familia de Dios. Frente a todo esto, el escritor de esta epístola nos amonesta con toda seriedad: Permanezcan en el Cristo eterno, I permaneciendo en su doctrina incambiable, y II, permaneciendo en una vida de fiel servicio a él.

Nuestro texto llega a su clímax con la gran afirmación: Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Cristo es incambiable. Lo que ha sido para ellos en el pasado, lo será

también en el futuro. En él pueden poner su confianza completa, y saber que nunca serán defraudados.

Como Cristo es incambiable, su doctrina también es incambiable. La exhortación de nuestro escritor a los hebreos y a nosotros es: Permanezcan fieles a su doctrina incambiable.

Los hebreos debían recordar a sus primeros líderes, tal vez una mejor traducción aquí que pastores porque es más amplia. Pero aun así, ellos se describen como los que “os hablaron la palabra de Dios”. Esto es lo que les hace dignos de ser recordados, lo que deben recordar sobre todo es el mensaje que ellos les proclamaron, el mensaje que presentó a ellos su gran sumo sacerdote cuyo sacrificio tiene validez eterna para quitar todos sus pecados. Parece que estos líderes ya habían muerto, de modo que al igual como con el ejemplo de fe hasta el fin de la gran lista de creyentes del Antiguo Testamento, ellos dan un fiel ejemplo de perdurar en la fe hasta el fin y recibir la corona de la vida. Este ejemplo lo deben seguir los miembros actuales de la congregación. “Considerad cuál haya sido el resultado de su conducta e imitad su fe”.

Pero esto no sucederá si ellos hacen caso a los que traen otra doctrina y les quita su atención del Cristo incambiable. “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas”. La salvación está en Cristo solamente, *solus Christus*, no Cristo con algo más, sean leyes dietéticas, sean sacrificios repetidos del Antiguo Testamento, sea un conocimiento gnóstico que encierra un camino secreto de salvación. No, deben mirar sólo al Cristo que de una vez para siempre ha hecho el sacrificio que vale por todos sus pecados. Como dijo en el capítulo 10: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios. Allí estará esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. Para siempre, el Cristo que es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos lo garantiza. Esa sangre de Cristo que clama mejores cosas que la de Abel es la que los limpia de todo pecado. Permanezcan en esa fe. Eso valía para ellos. Eso también vale para nosotros hoy. De modo que también debemos permanecer siempre en la doctrina que hemos aprendido, doctrina que fue revelada por Dios mismo para la salvación de nuestras almas.

Pero después de recordar a los hebreos todo lo que Cristo había hecho por ellos, la gloria del monte Sión, la Jerusalén celestial que nos espera, y la herencia permanente que tenemos en Cristo, también nos recuerda: “Así que, recibiendo nosotros un Reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”. Cuando nosotros,

pobres pecadores que merecimos estar eternamente separados de Dios, meditamos en lo que significa que Dios nos ha adoptado en su familia por medio de Jesucristo, nos ha hecho sus hijos y herederos de la vida eterna, la gratitud nos motivará a expresar nuestra fe en un ferviente amor por nuestros hermanos en la fe.

Esto lo habían hecho los cristianos hebreos. En un período anterior de persecución y dificultades, ellos habían mostrado esta fidelidad y amor. “Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis un fuerte y doloroso combate; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo, y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante: porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa, pues os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (He 10.32-36).

El problema es que con el tiempo estaban tentados a dejar que su amor se enfriara. Así tenemos la exhortación de nuestro texto: “Permanezca el amor fraternal”. Esta persona que se sienta a nuestro lado en la iglesia. Esa persona que antes venía pero que comienza a hacerse inactivo. Esa persona que a veces es difícil, pero que también confiesa el nombre de Cristo. Que nunca olvidemos que Dios los ha hecho nuestros hermanos, y les debemos un afecto mucho más fuerte aun de lo que damos a nuestros hermanos de carne.

A veces las circunstancias se ponen tan difíciles que parece que enfrentamos una dificultad tras otra, y tenemos la tentación de nada más abandonar a los hermanos y encerrarnos en nosotros mismos. Pero allí está la palabra. “Permanezca el amor fraternal”.

Este amor se mostrará especialmente cuando nos cuesta demostrarlo. Santiago también nos advirtió: “Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?” (Stg 2.15-16). Y también San Juan nos recuerda: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os odia. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte. Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros

debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn 3.13-18).

Aquí el amor fraternal se muestra en formas muy específicas. Primero en mostrar hospitalidad. Así como Dios nos ha adoptado en su familia cuando estábamos “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”, los cristianos deben recibir también a los desconocidos que Dios ha hecho sus hermanos, especialmente cuando están en viajes de evangelismo o cuando tienen que huir de la persecución. Nos recuerda que Dios inclusive a veces trae grandes bendiciones a la persona que recibe al extraño que llega a su casa, como Abraham que tuvo como invitados a Dios y a dos ángeles sin saberlo, o Lot que recibió a los dos ángeles en Sodoma, los cuales después rescataron a él cuando los hombres de la ciudad querían atacarlo a la puerta de su casa.

Se mostrará con una profunda simpatía con los que sufren, especialmente los que sufren por su fe. “Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como si vosotros estuvierais en su mismo cuerpo”. Esto es lo que habían hecho en la persecución anterior. “Llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante: porque de los presos también os compadecisteis”. Lo que sufre mi hermano lo sufro yo. No puedo quedarme indiferente. Es como si me pasara a mí también. Y cuando esto es mi actitud, también buscaré cómo aliviar en algo lo que el hermano sufre.

Se mostrará en un respeto por la divina institución del matrimonio. Tal vez no podemos cambiar mucho el ambiente general de la sociedad en que vivimos. Pero en la iglesia debe haber sólo honor por el matrimonio. “Honroso sea en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla”. En primer lugar, habla de la fidelidad matrimonial, y de resistir cualquier tentación de egoístamente romper esa sagrada relación. No hay hermano o hermana más cercana a quien debemos amar sino nuestro cónyuge. Pero la exhortación no se aplica sólo a los que ya están casados. La exhortación va junto con una advertencia, la advertencia de la ira divina contra cualquier relación sexual fuera del matrimonio: “pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios”.

Y finalmente tenemos la actitud que agrada a Dios hacia las posesiones. “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora”. La idea de que si ayudamos a alguien más no tendremos nunca suficiente para nosotros tiene una raíz profunda y seria. Y destruye muchas veces los buenos impulsos hacia el amor fraternal y para aliviar el sufrimiento de los hermanos en nuestro corazón. La raíz es una falta de confianza en Dios, y poner esa confianza más bien en las posesiones. Así Pablo también nos recordó: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Col 3.5). Cuando nuestra confianza se pone en las posesiones, realmente estamos desplazando a Dios del lugar que él debe ocupar en nuestra vida, y al mismo tiempo hacemos imposible que podamos realmente amar al hermano que sufra de necesidad.

Probablemente todos todavía necesitamos esta exhortación y advertencia. Y el autor de nuestro pasaje nos recuerda algunas de las promesas preciosas de Dios, para que volvamos a poner toda nuestra confianza en él y así seamos librados para servir a nuestro prójimo. “Pues él dijo: «No te desampararé ni te dejaré». Así que podemos decir confiadamente: «El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre»”.

No podemos saber el futuro, pero sabemos que Dios no nos dejará ni nos desamparará. Igual como Josué podía tener esa confianza cuando enfrentaba la necesidad de pelear contra formidables enemigos en la conquista de Canaán, nosotros podemos tener la misma confianza al enfrentar el futuro. Cuando tenemos esta confianza podemos sufrir la pérdida de nuestros bienes, hasta perder la libertad, como había pasado en el pasado a los miembros de la congregación hebrea. Pero no habían perdido a Dios y su salvación. Cristo todavía los acompañaba. Como lo expresó también Lutero en el himno Castillo Fuerte: “Que lleven con furor Los bienes, vida, honor, Los hijos, la mujer ... Todo ha de perecer: De Dios el reino queda”. Con esta confianza en Dios para el futuro, podemos encontrar la fuerza para hacer su voluntad hoy, expresando en formas concretas el amor fraternal hacia los que junto con nosotros son herederos de la misma herencia celestial por la gracia de Cristo.

Así, permanezcamos en el Cristo eterno. Su doctrina es verdadera, la familia en que nos ha puesto es real, la herencia es segura. Sirvámoslo con firme fe y con verdadero amor hacia los hermanos. Amén.